

HERBERT MOROTE

**CRÓNICAS DE
LA GLORIOSA VII PROMOCIÓN
DEL COLEGIO MILITAR LEONCIO PRADO
1950-1952**

MADRID 2002

Nota del autor:

Agradezco a mi hermano del alma, Alfredo Tapia García —con quien compartí mi vida desde la niñez, incluidos, por supuesto, los tres años en el CMLP— su interés en la realización de este folleto.

© Todos los derechos son propiedad del autor.

Dirección electrónica: info@herbertmorote.com

Web: www.herbertmorote.com

A mis compañeros de la “gloriosa”
VII promoción del Colegio
Militar Leoncio Prado, en el 50
aniversario de haber acabado
los estudios.

NUDO DE GUERRA

¿Hay algún momento preciso en el que el niño se convierte en hombre? Debe haber varios. Uno de ellos, para los compañeros de la VII Promoción, ocurrió una mañana de junio de 1951.

Habíamos acabado por fin el proceso de adaptación a la vida militar desde el peldaño más bajo de la jerarquía de CMLP: el Tercer Año. No había sido fácil soportar a los cadetes de años superiores, pero habíamos mostrando cierto respeto y, exagerando, hasta admiración por los cadetes de Quinto. Quizá contó que dos años de diferencia son importantes en la juventud. A los 15 nosotros éramos unos niños, y más en ese tiempo. Ellos a los 17 comenzaban a sentirse hombres.

En cuanto a los del año inmediatamente superior, los de Cuarto, las relaciones habían sido tensas: se pasaron de la raya con nosotros durante los “bautizos” y se dieron aire de jefecillos durante el resto del año.

Bueno, ya había pasado el primer año y ahora nosotros con 16 años éramos los de Cuarto, y nuestros enemigos naturales estaban en Quinto. Durante esos primeros meses hubo pocos incidentes entre ellos y nosotros. Quizá se debía a que la aparición de los “nuevos”, los cachorros de Tercero, aligeraron la rivalidad. Creo que nuestra promoción se comportó bastante bien con los cachorros. Hubo las bromas de siempre, pero quiero creer que disminuimos los abusos y las patadas en ángulo recto.

Por allí no iba nuestra revancha. Sin necesidad de verbalizar nuestro enfado teníamos una espina clavada con los de ahora Quinto. Había que sacársela y tuvimos la oportunidad: era el Día del Colegio. Se organizaba una competencia deportiva entre los años. Era una tradición biológica que los que tuviesen un año más ganasen a los que tuviesen un año menos. Así, siempre ganaban en todo los de Quinto.

La primera prueba era un símbolo de fuerza. Se llamaba -Nudo de Guerra- a una gruesa soga

anudada al medio que tenía a sus extremos 20 cadetes por bando jalando con todas sus fuerzas hasta que el rival cediese y se moviera el nudo hacia adelante. En medio de la cancha de fútbol se pintó una raya, sobre ella estaría el nudo de la soga, y a dos metros del nudo los veinte contra veinte. Un inmenso ruedo de cadetes asediaba la palestra.

No sé cómo escogimos a nuestros 20 representantes, quizá era obvia la selección. En 1951 sabíamos quienes de nosotros eran los más fuertes o los más pesados, desgraciadamente después de 50 años me he olvidado sus nombres, excepto el de algunos. En la posición principal, es decir el primero, era el cadete Pedro Garavito Obando, el “gordo” Garavito. Otros fueron, Eddie Echegaray Fajardo y Guillermo Bonilla Angulo (me faltan 17, ¿alguno podría ayudarme a completar la lista?).

Nosotros, los trescientos cincuenta cadetes de Cuarto, supimos que podíamos demostrar que ya éramos hombres y que se nos debía respetar.

Antes de comenzar la contienda alentamos a nuestros representantes con alma y corazón, pero sobretodo con estruendosos gritos de apoyo. Esas fuertes voces fueron superadas en muchos decibelios una vez iniciada la lucha.

Por fin vino el juez: un capitán. Revisó el nudo e hizo contar el número de competidores por cada lado. Nuestras manos sudaron como las de ellos, sólo que ellos se las frotaban con tierra y escupitajos. Todo parecía en orden. El capitán levantó un pañuelo. La soga se tensó. También nuestros corazones. La cara de Garavito comenzó a ponerse roja, los de atrás imitaron su color. Se bajó el pañuelo. Los cuerpos de los compañeros echados para atrás no cedieron ni un milímetro. Resistimos el primer jalón. ¿Podrán aguantar un poco más? Pasan los segundos como si fuesen horas. ¡Sí! ¡Hemos aguantado!, Y seguimos aguantando. No hay movimiento por ningún lado. La gruesa soga se va adelgazando, una mano de gigante podría tocarla como cuerda de guitarra. Seguimos aguantando.

¡No son más fuertes!. ¡No, no lo son!. Es más, ¡les perdimos el miedo!. Hay que ganar. ¡Vamos Cuarto! ¡Vamos Cuarto! Nos desgañitamos. Vi morado al cholo Fajardo, ya no sonríe, ¿le dará infarto? Bonilla se podrá morir pero no cede, se le hincha el cuello, sus ojos se están saliendo de las órbitas. ¡Vamos Cuarto! ¡Vamos Cuarto! ¡Se mueve! ¡Se mueve! Comienzan a ceder los de Quinto. Garavito que está bañado en sudor se aprieta los labios. ¡Se mueve! ¡Se mueve más! ¡Y más! ¡Vamos Cuarto! ¡Vamos Cuarto! Los de Quinto ceden un metro, pero resisten clavando sus tacos en el césped. No es suficiente. ¡Vamos Cuarto! ¡Vamos Cuarto! Ahora sí ceden. ¡Ya no aguantan! ¡Ya no aguantan! Los de Quinto se van de bruces sobre el césped. Por fin los derrotamos. ¡Ganamos! ¡Ganamos! Levantamos en hombros al gordo Garavito y a los otros. Estábamos eufóricos, exultantes. ¡Viva La Gloriosa VII Promoción!

Quizá ese día dejamos definitivamente la niñez. No era sólo ganar a los de Quinto, era sentir que podíamos derrotar a los mayores, a los grandes. Rompimos el mito de la jerarquía y nos sentimos invencibles. Fuimos los dueños del mundo a los 16 años.

LOS REYES DEL RANCHO

Dicen que el hambre suaviza el pan duro, es posible. Sólo recordar los frejoles que servían en el CMLP hace que segregue los jugos gástricos más exigentes. Desde que entrábamos los 356 cadetes al comedor se percibía que ese día habría frejoles con arroz. El olor que salía desde el fondo de la cocina inquietaba al más sereno. ¿Quién sería el suertudo al que le tocaría servir a sus otros siete compañeros de mesa? Si eras tú, tendrías que tener cuidado en medir cuidadosamente las raciones de tus camaradas para que aparentando equidad pudieses quedarte con un poquito más que el resto sin causar demasiadas broncas, reclamos o futuras venganzas. Los frejoles eran los reyes del rancho, el plato más mimado y consentido del CMLP.

Los ricos, como el chino Blanco, llevaban su botellita de aceite de oliva, que compartían con

algún incondicional, en este caso con César Molfino. Humm... qué envidia. De vez en cuando me invitaba algún generoso unas cuantas gotas de ese líquido, entonces lo excelente rebasaba lo imaginable, degustaba cada bocado de frejoles tratando que se demorase eternamente en mis papilas gustativas. Era una lucha fiera entre el hambre y el placer hedonista.

Había cadetes obsesivos con los frejoles. Decían que mi querido “torreja” Vargas Lucena conseguía en la cocina una ración extra y lo creo, Luis podía conseguir todo lo que se proponía. ¿Dónde se lo llevaba?, pues en el receptáculo más a la mano: un bolsillo de su sacón militar. Y allí se veía al gordito Vargas muy campante metiendo la cuchara en el bolsillo y llevándose los frejoles a la boca mientras marchaba a las aulas. La misma práctica se le atribuía al cadete Jorge Torres Vallejo, eso no me consta pero es posible. En todo caso “torreja” Vargas Lucena lo ganaba: ¡llevaba arroz en el otro bolsillo!

LOS CALATOS

Desde aquel incidente hace 50 años en el Colegio Militar, no salgo corriendo calato ni aunque me toque un terremoto en la ducha. También he perdido la curiosidad que tenía de joven por visitar campos nudistas y la simpatía por los “strikers” ingleses. Menos me intriga todavía los hombres que se abren el abrigo para mostrar sus partes pudendas a las señoras que van a misa. Mis manías no son razonables, lo sé, por eso mismo tendrán simpatizantes, ya que nadie estima lo que es razonable. Por ejemplo, ya nadie cree que sea verdad la afirmación *el que estudia, triunfa*. Tampoco en lo opuesto *el que no estudia, triunfa*. Esto lo digo sólo para demostrar que con la edad uno cree menos y recuerda más.

Decir que esa mañana de 1952 tres cadetes fuimos vistos calatos por unas señoras que visitaban el CMLP sería una verdad tan simplista

como que el Perú está así por culpa de los peruanos o que la papa es un tubérculo. Ambas afirmaciones son correctas pero incompletas, por lo tanto son casi falsas, o sea, que no son verdad. ¿Me explico, o no? Bueno. Por eso esta historia comienza así:

En 1952, después de cuatro años de dictadura militar, el general Odría estaba orgulloso de mostrar a la comunidad internacional dos instituciones académicas apoyadas por su gobierno. Una era el Centro de Altos Estudios Militares, CAEM, donde escogidos catedráticos e intelectuales impartían estudios en materias de economía, política, sociología, entre otras, a los más destacados jefes de las Fuerzas Armadas. Esperaba Odría que el CAEM proveyera los mandos necesarios a instituciones tanto militares como civiles a fin de mantener la dictadura militar en el país.

La otra institución educativa tenía un objetivo a más largo plazo. El Colegio Militar Leoncio Prado, CMLP, debía ser un modelo de enseñanza secundaria que demostrara a propios y extraños que la disciplina militar y el orden son la base de cualquier institución pedagógica.

Haciendo mérito al lema *hechos y no palabras*, Odría nombró al coronel Marcial Romero Pardo sucesor de los primeros directores del CMLP: los entonces coroneles José del Carmen Marín y Juan Mendoza. Después del CMLP el primero fue inspirador y propulsor del CAEM. Mendoza, por su parte, fue un buen ministro de Educación, creador de las Unidades Escolares. Ambos llegaron a generales de división.

El coronel Romero Pardo, en cambio, no tenía las luces de sus antecesores, pero se decía que tenía gran olfato para los negocios y negociados, como la imprenta del colegio que de ser casi artesanal la convirtió en una inmensa industria que ocupó un gran espacio

de nuestras instalaciones. *Reyecito*, como lo apodaban por parecerse a un simpático personaje de una tira cómica, era un militar maduro, más bien bajito y con buen peso. Se decía que había pasado por la famosa academia militar francesa de Saint-Cyr. Sin embargo, nadie mencionaba cuánto tiempo estuvo allí ni a qué fue. Quizá sólo fue de turista, pienso yo malévolamente. También se decía que era amigo íntimo del dictador venezolano, el general Marcos Pérez Jiménez, y eso sí me lo creo por la cantidad de cadetes venezolanos en el CMLP.

La supuesta cultura y mundo adquirida en el Viejo Continente y su amistad con el presidente de Venezuela hizo que Romero Pardo no sólo se dedicase a los negocios, sino que con aires de *militar ilustrado* consagrara su tiempo a algo que seguramente no estaba escrito en sus objetivos castrenses: aproximarse a los embajadores acreditados en el Perú, en

especial el embajador de Francia. El CMLP, pues, le permitió a nuestro Coronel Director sacar del armario sus frustradas cualidades: las finanzas y la relaciones públicas.

Pero, para ser justos todo hay que decirlo: Romero heredó por el lado académico los mejores maestros de Lima; algunos eran catedráticos de universidades, otros, profesores de gran experiencia y prestigio. La educación incluía por supuesto el idioma francés, música, entre otros cursos de adorno cultural necesarios para formar a *los depositarios del futuro del país*, según nuestro director.

La instrucción militar, el mantenimiento del orden y disciplina de esta pretendida élite, era impartida por oficiales escogidos no sólo por sus dotes estrictamente militares, sino por su caballerosidad y cierto *status social*. El Jefe de Batallón era el mayor Jorge Salinas. Este militar de buen porte y mejores maneras, era padre de nuestro compañero el cadete Jaime

Salinas Sedó, que heredó sus mismas virtudes y llegó a ser un general de gran prestigio y honradez.

Al mayor Jorge Salinas lo reemplazó el mayor Gustavo Escudero, un rubio y entusiasta jefe, cuya corrección y eficiencia trascendió el ámbito militar llevándolo más adelante a ocupar durante muchos años la Presidencia de la Federación Peruana de Fútbol, deporte vital para nuestro país, cuya selección obtuvo los mejores triunfos de su historia.

No era de extrañar que junto al rubio mayor Escudero hubiese jefes y oficiales como Villarán, Bertha, Deacon, Olivera, Bringas, Gálvez, entre otros, que eran “blancos” provenientes de la escasa clase media del país. Es más, con la intención de congraciarse con la gente “gagá”, *Reyecito* nombró capellán del colegio al padre Harold Griffiths, un cura de moda de la burguesía mirafloresina y de las páginas de sociedad. Hablando sin tapujos, salvo notables

excepciones, los oficiales del CMLP no tenían facciones puramente indígenas ni venían de humildes orígenes como gran parte de sus compañeros del Ejército.

Este diseño entraría, sin duda, dentro de los objetivos del coronel Romero Pardo quien, junto a sus negocios, se dedicaba con fervor de nuevo converso a organizar homenajes a países para mostrar que, gracias a su dirección, los cadetes eran educadísimos y cultos. En esas ocasiones invitaba a embajadores con sus esposas a visitar las instalaciones del CMLP, cuya previa limpieza y orden había sido minuciosamente revisada por los mandos. Luego venía la ceremonia en que el coro del colegio cantaba impecablemente el himno del país homenajeadado en el idioma que fuese, y que los cadetes del coro habían aprendido hasta quedar afónicos la mitad de ellos. Estos últimos eran los que más abrían la boca

durante el acto para ser beneficiados con el día de permiso prometido.

El homenaje continuaba con el sabio discurso de un cadete en la lengua del país de turno, que ninguno de sus compañeros imaginaba hubiera escrito. Culminaba la ceremonia con el desfile de los cadetes en traje de parada, ante la cara de satisfacción y orgullo del coronel Romero Pardo y de su esposa, una señora opulenta, llena de alhajas, que parecía sacada de alguna película argentina. Más tarde, los cadetes podíamos ver que en el comedor de cristales mozos con immaculado smoking atendían a los invitados sirviendo vinos importados y deliciosos manjares que envidiaría la mejor mesa diplomática.

¿Cuántas ceremonias se hacían al año? Difícil decirlo, lo que sí es seguro es que conforme pasaron los tres años fueron cada vez más frecuentes. A veces daba la impresión que el Coronel Director se había vuelto loco tratando de llevar a cabo sus altos designios geopolíticos.

Pero en 1952 los cadetes de la VII Promoción vivíamos ajenos a los objetivos diplomáticos de nuestro Coronel Director. La verdad es que estábamos hartos tanto de las ceremonias como del colegio en sí. Después de tres años contábamos con impaciencia las semanas y los días que faltaban para salir del CMLP porque, aunque un grupo numeroso seguiría alguna carrera militar, la gran mayoría preferíamos la vida civil.

Esta impaciencia se tradujo en una relajación de la disciplina, por más que el jefe del año, el capitán Alfonso Bringas Shumacher, más conocido como *caballo blanco*, se esforzaba en intimidarnos con su metro noventa, sus ciento y tantos sólidos kilos de carne blanca y su vozarrón de cochero de diligencia del Lejano Oeste. Era frecuente que el capitán Bringas acelerase la lentitud de las formaciones con una buena patada en el trasero de los remolones o diera indiscriminados correazos a los atrasados.

Los cadetes ya estábamos curtidos y no nos quejábamos de estos excesos. Era sólo una muestra de que el sistema se resquebrajaba. Por ejemplo: a esas alturas “tirar contra” dejó de ser una práctica solitaria, a veces parecía evasión masiva, como la noche en que se escaparon para ir de juerga al Callao 12 cadetes de mi Sección mientras yo estaba dormido en el turno de guardia de noche, “imaginaria”. De esta escapada sólo me enteré cuando fui despertado a sacudones por un teniente que me preguntaba inútilmente por los desaparecidos.

Después de este largo pero necesario preámbulo, llegamos a la mañana en cuestión que ahora me impide salir calato a la calle aunque se me caiga el techo de la ducha encima.

Para los más de 300 cadetes de la VII Promoción ese sábado de invierno comenzó como todos los sábados: desayunamos a las 07.30 en traje de campaña, luego cogimos el

fusil y salimos del colegio a paso ligero en dirección a los erales y huacas próximos. Allí los instructores militares se desquitaron, como siempre, de las faltas de disciplina de la semana. Los ejercicios militares fueron unas *mini maniobras* cuya finalidad consistió en revolcarnos por tierra polvorienta, arrastrarnos como lagartijas para cruzar campos abandonados, saltar zanjas y muros, trepar a las huacas y, sudorosos y extenuados, terminar hechos un asco a las 11.00. A esa hora regresamos al CMLP cantando y marchando con brío. La alegría no provenía de la satisfacción del deber cumplido, sino de pensar que saldríamos a casa desde mediodía hasta el domingo en la noche.

Quitar la mugre a tantos cadetes en media hora estaba resuelto con el *malacate*. Este era un cuarto largo con salida de duchas por todos lados, al cual se entraba por un extremo y, después de recorrer unos treinta metros, se salía por el otro como de un lavado

automático de autos en el Polo Norte: limpios y muertos de frío. Pero ese sábado no todos los cadetes estábamos dispuestos a cruzar la cancha de fútbol para ir al malacate. Aprovechando que los oficiales se aseaban en sus habitaciones, unos pocos nos quedamos muy campantes en los baños de las cuadras para ducharnos con comodidad y sin tiritar.

Entre los insumisos estábamos tres cadetes que, en cuanto a disciplina, no podía decirse que fuésemos los más díscolos ni temerarios. Para ser justos creo que éramos más respetuosos del Reglamento que la mayoría de nuestros compañeros, pero como alguien dijo *el Reglamento es una orden para el bruto y una sugerencia para el inteligente*, y nosotros, que no nos creíamos brutos, claro está, no vimos ninguna razón para cumplir la orden de ir al malacate.

Y así, mientras los del trío nos enjabonábamos con dilección y hedonismo,

nuestros compañeros tiritaban de frío en los malacates, hecho que nos daba un mayor placer. Desgraciadamente, algún envidioso o un bruto apegado al Reglamento nos cortó el agua cuando rebosábamos de jabón. Sorprendidos, al trío no nos quedó otro recurso que calzarnos a medias los botines, amarrarnos la toalla a la cintura y salir en busca de agua.

La empresa no era fácil, había que cruzar el patio central de los dormitorios de Quinto, buscar una posible salida de agua en las cuadras vecinas y si no la encontrábamos arriesgarnos a pescar una pulmonía al caminar en pleno invierno doscientos metros para atravesar la cancha de fútbol, ya que después de ella, esto es: en la antípoda de los dormitorios (cuadras), algún brillante militar había decidido instalar los malacates. Confiando en que los oficiales estuvieran todavía en sus habitaciones, los del trío caminábamos con desparpajo arrastrando los

talones de los botines sobre el pavimento del patio y sujetando la toalla a la cintura. Este pequeño desfile de “chanclosos” fue seguramente observado con interés por nuestro compañero el *loco* Solano. El apodo era injusto: Víctor Solano Herrera no era más loco que el resto de los compañeros, más bien, era uno de los cadetes más cuerdos y prudentes. O sea que Solano de loco, nada, salvo algún nervioso atropello de palabras cuando hablaba. El caso fue que el *loco* Solano en esta oportunidad estaba retrasado y se dirigía, todavía uniformado de campaña, a bañarse disciplinadamente a los malacates. La tentación de vernos llenos de jabón era muy grande hasta para un cuerdo. Al *loco* Solano la escena le despertó una necesidad de hacernos algo y no pudo resistir en dar ágiles y silenciosos pasos hasta acercarse por detrás y, cuando nos tuvo a mano, el *loco* Solano, que por algo le decían *loco* y no me contradigo, lanzó un fuerte grito y con rápidos

movimientos se apoderó de nuestras toallas y se dio a la fuga.

Los ahora totalmente calatos iniciamos su persecución en gran desventaja no sólo por que el *loco* Solano corría más, sino porque no estábamos bien calzados. Con eso contaba el *loco* Solano, que ya había perdido totalmente la cabeza y que jugaba con el trío dejando que nos aproximáramos a él, para luego alejarse dando pases de torero y matándose de risa. Los calatos no compartimos su alegría y furiosos seguimos tras él esperando que se cansase del juego. Pero no, no fue así, sino al revés: el *loco* estaba cada vez más eufórico y exultante. Ante esta actitud, los calatos perdimos la paciencia y empezamos a insultarlo gritándole las obscenidades más crudas del léxico militar, pero nada, el *loco* no cedió ni presentó pelea ni dio muestras de agotamiento.

Antes de seguir habría que intentar dar una somera descripción de los personajes. El *loco*

Solano era alto y esbelto. En cuanto al trío se puede decir que no teníamos físicamente ninguna similitud. El cadete Otoniel Carnero era más bien bajo, pero de fuerte complexión atlética, su barba era cerrada y tanto su cuerpo como cabeza estaban cubiertos de gruesos pelos negros ensortijados. Desnudo, Carnero exhibía un “miembro” que debía corresponder a un hombre “aventajado” que por lo menos lo doblase en talla, eso causaba bromas de sus compañeros que él recibía con cierto orgullo. El otro, el cadete Leonardo Lavado, era más lampiño que un huevo duro, sus músculos estaban poco definidos y cubiertos de brillante grasita que denunciaba su buen apetito. Y yo, el tercero de los calatos, era el más alto del trío, pero también el más flaco y más desgarrado. Todos debíamos rondar los 17 años.

Cansado de sus olés de torero o finalmente molesto por los insultos de los calatos, el *loco* Solano dejó el patio de Quinto y corrió en

dirección a un nuevo pabellón que acababa de construirse. Los desfallecientes calatos, sin tiempo para ponernos bien los botines, lo seguimos a corta distancia insultándolo de la peor manera. En ese preciso instante comenzó el desastre.

Sin poner atención a otra cosa que no fueran sus perseguidores, el *loco* subió a trancazos la amplia escalera del nuevo pabellón seguido por los calatos que no dejábamos de esforzarnos. A pesar de ello, perdimos terreno y vimos desaparecer al poseedor de las toallas al final de la escalera. Si hubiéramos estado atentos habríamos notado que al esfumarse, el *loco* había dejado de gritar y provocar. Es peor, si hubiéramos dejado de gritar groserías habríamos oído el cotorreo seguido del silencio de las esposas del Cuerpo Diplomático que habían venido a un ágape ofrecido por la esposa del Coronel Director. Pero los calatos íbamos a lo nuestro y no escuchamos nada, nada. Nada hasta

que nos faltaron cinco escalones para llegar al primer piso, o quizá cuatro, o posiblemente sólo tres escalones. En ese justo momento, sin aviso del *loco* ni de nadie, los calatos nos encontramos a boca jarro con una veintena de señoras bien emperifolladas, luciendo gruesos abrigos de piel, guantes, sombreros, calzados de alto tacón, joyas. Estuvimos tan cerca de ellas que hasta pudimos oler sus penetrantes perfumes.

¡HORROR! La armada extranjera venía encabezada por la corpulenta esposa del director. ¡HORROR DE LOS HORRORES! Y por el Coronel Director en persona, que en un gesto de cordialidad y gentileza se había ofrecido en mostrarles la ampliación del CMLP.

Todos quedamos paralizados: ellas, nosotros, y *reyecito* por supuesto. El tiempo quedó suspendido en la eternidad. Nadie se movió. Nadie. Las bocas de las señoras diplomáticas y del Coronel Director se quedaron abiertas,

todas. Y nuestros ojos se quedaron más abiertos que sus bocas. Allí nos quedamos parados como estatuas. Ni las señoras embajadoras dieron marcha atrás. Ni *reyecito* atinó a decir o hacer algo. Ni las piernas del trío de calatos respondieron a las órdenes de nuestros cerebros. El único movimiento que algún meticuloso hubiera podido observar fue la retracción violenta de nuestros genitales. En el caso de Carnero eso debió haber sido como para el National Geographic. Al fin la magia se rompió, los calatos dimos el trasero a las diplomáticas y corrimos escalera abajo, antes de que lanzasen un grito de espanto que se debió haber oído hasta en la isla San Lorenzo.

Pálidos y tartamudeando llegamos como unos bólidos a la cuadra de la Novena Sección y nos encerramos. No sabíamos qué hacer. La única cosa clara era que, por la cara de estupefacción mostrada por el Coronel Director, teníamos muchas posibilidades de

no haber sido reconocidos. Lógico, *reyecito* nunca nos había visto calatos. En medio de ese mar de dudas llegó *loco* Solano. Estaba muy nervioso. Nos pidió sincero perdón y lamentó que su atolondramiento le hubiera impedido regresar por la escalera para advertirnos la sorpresiva visita. Él también creía que nadie nos había reconocido.

Como era urgente tomar una decisión antes de que llegasen del malacate los compañeros, los cuatro decidimos hacer un pacto de silencio. No nos presentaríamos voluntariamente al capitán Bringas a explicarle el incidente y negaríamos cualquier acusación. En fin, juramos que nadie diría nada. Y así media hora más tarde estábamos con uniforme de salida formados con el resto del batallón, listos para salir a la calle, eso sí con el alma en vilo. Hasta ese momento todo iba bien. Pero sólo hasta ese momento.

El primer indicio de que algo no funcionaba fue enterarnos de que el capitán había sido

llamado de urgencia al despacho del Coronel Director, por lo tanto teníamos que esperar su regreso antes de salir del colegio. Esta noticia causó gran malestar entre los compañeros que estaban ansiosos por pisar la calle. A los calatos se nos vino el alma al suelo. Mal asunto. La espera se hizo largísima.

Finalmente, apareció dando grandes zancadas el capitán Alfonso Bringas Shumacher. Estaba rojo de rabia. Arrojava fuego por los ojos. Seguro que temblaba por el esfuerzo que hacía para no descargar sus puños en algún rostro.

-ESOS TRES MARICONCITOS DE MIERDA QUE SALGAN ADELANTE, CARAJO -espetó con vozarrón de verdugo.

Mariconcitos de mierda, no era ofensivo, eso lo decía *caballo loco* a cada momento, así que los calatos no nos dimos por enterados.

-SI NO SALEN AHORITA MISMO ESOS TRES MISERABLES, TODOS SE QUEDAN

SIN SALIDA, CARAJO -tronó nuevamente *caballo loco* al borde de un ataque.

No por solidaridad, tampoco por honradez, sino por temor a que no salir de permiso empujase a algún potencial delator a acusarnos o a que una investigaciones de Bringas acabase por identificarnos y sus torturas fuesen peores, los tres nos miramos y salimos de la formación como si fuésemos al cadalso.

-¿AH, SON USTEDES LOS MISERABLES DE MIERDA, NO? YA VERÁN, YA VERÁN QUIÉN ES EL CAPITÁN ALFONSO BRINGAS, CARAJO. CÁMBIENSE Y VENGAN A LAS 14.30 A MI DESPACHO - bramó *caballo blanco* en nuestras narices mientras le salía espuma por la comisura de los labios. Sin más, se fue a paso ligero de regreso al despacho del Coronel Director.

Nunca lo habíamos visto tan furioso. Casi no almorzamos a la hora del rancho. Los otros cadetes castigados y los oficiales de guardia

nos miraban como si estuviese inminente nuestra deportación a Siberia, o nuestra entrega a la Santa Inquisición, por lo menos. Cuchicheando en voz baja, los calatos hicimos cálculos. Ser expulsados podía ser lo mejor que nos podía pasar, pero no era “políticamente correcto” que nos expulsasen por esa nimiedad, eso hubiera creado una publicidad no deseable por la dirección. Pensamos que lo más probable sería que *caballo blanco* perdiese la razón y nos agarrase a patadas rompiéndonos unos cuantos huesos. Había que prepararse, sí, pero cómo. Uno propuso llevar una bayoneta en la pierna, otro sólo un cuchillo, otro ponerse la pijama dentro del uniforme para amortiguar los golpes. Alguien propuso buscar un Reglamento y llevarlo marcado con los artículos pertinentes sobre castigo a subordinados. Luego de meditar una y otra vez sobre estas alternativas, no hicimos nada y fuimos muertos de miedo al holocausto.

A las 14.30 en punto tocamos tímidamente la puerta del despacho del capitán.

- ¡Adelante! -ordenó *caballo blanco*, con una voz irreconocible por lo normal.

Estaba replantigado en su sillón, casi ni nos miró. ¿Sería el mismo?.

- No saben el mal que han hecho mariconcitos de mierda -continuó con monotonía. -Han destruido lo que tanto tiempo costó lograr. ¿Me entienden, verdad? ¿Ustedes se imaginan cómo se deben estar riendo de nosotros, de nuestro Coronel Director, en este momento en las embajadas? ¿Se imaginan que seremos la comidillas de los extranjeros enemigos del gobierno?

Como me pareció una exageración lo que decía, quise consolar a *caballo loco*::

- No se preocupe, mi capitán, quizás...

- CÁLLESE, MOROTE, YA ME TIENE USTED HARTO, CARAJO -me interrumpió Bringas, levantando su metro noventa del

sillón como para demostrar que había recuperado abruptamente su brío.

Entonces el cadete Carnero intentó intervenir diciendo:

- Mi capitán, nosotros sólo corríamos buscando nuestras...

- USTED TAMBIÉN CIERRE EL PICO, CARNERO. EN CUANTO A USTED, CADETE LAVADO, NI SE LE OCURRA ABRIR LA BOCA. NO LES GARANTIZO QUE SALGAN VIVOS SI HABLAN UNA SOLA PALABRA.

Dicho esto se desplomó nuevamente en su sillón.

- ¿Saben ustedes lo que han hecho? Han manchado mi impecable hoja de servicios. No saldrán en el resto de año – añadió el capitán sin mirarnos y, con un gesto de desprecio, ordenó que nos fuésemos.

Salimos respetuosamente y en silencio caminamos como sobre las nubes hasta llegar a una cuadra. No lo podíamos creer. Estábamos indemnes, completos, ni un

moretón, ni una patada. Y eso de no salir a la calle unos meses, no era nada, después seríamos libres para toda la vida. Cerramos bien la puerta de la cuadra antes de quitarnos la palabra para expresar nuestra emoción. Nunca se nos pasó por la cabeza que *caballo loco* pudiera deprimirse. ¿Pero, qué habíamos hecho?, nos preguntábamos. Luego recapitulamos lo sucedido, recordamos la cara de espanto del Coronel Director, de su señora, de las diplomáticas, y nos dio una ataque de risa que duró hasta que nos dolió el estómago. Hacía muchas semanas que no estábamos tan contentos.

50 años después.

El coronel Marcial Romero Pardo siguió un tiempo más como director del Colegio Militar Leoncio Prado. De alguna manera llegó a ser general y fue destinado al CAEM. Si esa época de hegemonía militar hubiese terminado con una investigación de tráfico de influencias y peculados como la actual, no creo que *reyecito* se hubiese librado de alguna condena. Romero Pardo falleció rico y bastante mayor.

Se dijo que el capitán Alfonso Bringas recibió un riguroso castigo por permitir la indisciplina de los cadetes a su cargo. Sea por eso o más seguro porque estaba harto de su profesión, a los pocos meses del incidente *caballo blanco* pidió su pase al retiro y se dedicó con mucho éxito a los negocios llegando a ser importante líder de varias asociaciones empresariales. Antes de salir del Perú en 1971, me encontré con él un par de veces en reuniones de negocios. Fue atento y gentil, pero en

nuestras conversaciones no hizo referencia alguna al CMLP. Tengo entendido que falleció relativamente joven. Fue un buen soldado y un buen jefe.

A los que nunca volví a ver desde 1952 fue a mis compañeros. Del cadete Víctor Solano Herrera tengo muchos otros recuerdos, vivíamos en Magdalena Nueva e hicimos juntos nuestra primaria en el Colegio de La Salle. Sé que igual que su padre, Solano es médico. En más de una oportunidad atendió con cariño a familiares cercanos míos enviándome muchos saludos.

Del trío de calatos quedamos dos. Me cuentan que falleció muy joven el cadete Otoniel Carnero. No supe a qué se dedicó este estupendo muchacho cuando terminó el colegio. Estoy seguro que la vida lo trató bien, lo merecía.

Tampoco volví a ver al cadete Lavado, sin embargo, me dijeron que se graduó en la

Universidad Agraria de la Molina y es un destacado agrónomo.

Por mi parte, espero regresar algún día al CMLP y terminar de subir esas escaleras donde, calato, vi desaparecer al *loco* Solano con mi toalla.